

CORINNE MAIER



NO KID

40 BUENAS RAZONES
PARA NO TENER HIJOS

Tener un hijo es lo más bonito del mundo, un sueño al alcance de todos los bolsillos y de todas las barrigas. Es la señal externa del éxito de una pareja, la prueba de la integración social de los padres en un mundo donde el máximo temor es convertirse en un «excluido». El hijo está de moda, y toda la *beautiful people* que se precie se exhibe con un bebé apoyado en la cadera o con un crío embutido en un cochecito. En cuanto a las embarazadas, posan desnudas en las revistas. Y es que la preñez ya no se esconde. Nunca hasta ahora se habían ensalzado tanto la maternidad y la paternidad.

«La educación de los hijos se ha vuelto un sacerdocio, pues la sociedad exige a los padres modernos unas capacidades dignas de *Superman* o *Superwoman*».

Índice de contenido

Prefacio. La única solución: la anticoncepción

Introducción

Cuarenta buenas razones para no tener hijos

1. El «deseo de hijo», una aspiración necia
2. El parto, una tortura
3. No te conviertas en un biberón ambulante
4. No dejes de divertirte
5. Metro, trabajo y críos... ¡no, gracias!
6. No te quedes sin amigos
7. No aprendas el estúpido idioma que permite comunicarse con los niños
8. Elegir parvulario es cerrar el salón de juegos
9. El hijo, la muerte del deseo
10. El hijo anuncia la muerte de la pareja
11. Ser o hacer, no te creas obligado a elegir
12. «El niño es una especie de enano vicioso, de una crueldad innata» (Michel Houellebecq)
13. El niño es conformista
14. El niño sale caro
15. El hijo es un aliado objetivo del capitalismo
16. Mantener ocupado al niño es un quebradero de cabeza
17. Las obligaciones más pesadas de los padres
18. No te dejes engañar por la impostura del niño ideal
19. Es inevitable que tu hijo te decepcione
20. Convertirse en una supermami... ¡Qué horror!
21. Padre o madre ante todo... No, gracias
22. Cierra la puerta a los profesionales de la infancia

23. Las familias son un espanto
24. No vuelvas a la infancia
25. Seguir diciendo «yo antes que nada» es una muestra de coraje
26. El hijo es la muerte de tus sueños de juventud
27. No podrás evitar querer la felicidad de tu retoño
28. El niño, una lapa
29. La escuela, un campo de castigo con el que hay que pactar
30. «Educar» a un niño, ¿con qué objetivo?
31. Escapa de la neutralidad benevolente
32. Por desgracia, la parentalidad es una canción meliflua
33. La maternidad es una trampa para las mujeres
34. Cuidar niños o triunfar, hay que elegir
35. Cuando el niño entra por la puerta, el padre escapa por la ventana
36. El hijo de hoy es un hijo perfecto: bienvenido al mejor de los mundos
37. Atención, peligro: niño
38. ¿Por qué deslomarse para alcanzar un futuro de paria?
39. Hay demasiados niños en el mundo
40. Olvídate de los diez ridículos mandamientos del «buen» progenitor

Conclusión. ¿Hijos? No, gracias

Bibliografía

Sobre la autora

Notas

PREFACIO

LA ÚNICA SOLUCIÓN: LA ANTICONCEPCIÓN

En el año 2006 Francia se convirtió en la campeona de Europa de la fertilidad. El «milagro francés» fue proclamado en tonos victoriosos: ¡Quiquiriquí! Hoy en día, en Francia, estamos asistiendo a una glorificación de la maternidad de la que no habría renegado el mariscal Pétain. Es el rostro actual del patriotismo: para afrontar una vida de mierda, es mejor ser muchos.

Franceses, os están tomando el pelo. Os han hecho creer que la felicidad estaba al alcance de vuestras barrigas en un país mortalmente aburrido y moralizador que tiene como dos ubres el trabajo y la familia. La realidad es que, cuanto más crece vuestra fertilidad, menos sois los que os declararéis felices. Abrid los ojos: vuestros hijos serán *baby-loosers*, condenados al desempleo, a los trabajos precarios o desclasados, a la condición de mero recurso humano. Tendrán una vida menos divertida aún que la vuestra, que ya es decir. No, vuestros maravillosos bebés no tienen ningún futuro, porque cada niño nacido en un país desarrollado es un desastre ecológico para el planeta entero.

Además, tendréis que pasaros veinte años «criándolos». La educación de los hijos se ha vuelto un sacerdocio, pues la sociedad exige a los padres modernos unas capacidades dignas de *Superman* o *Superwoman*. Siempre disponibles, sonrientes, atentos, pedagogos y responsables, ¿qué no haría uno para garantizar la «felicidad» y la «realización» de

sus criaturas? Ser padre o madre es estar dispuesto a sacrificar todo lo demás. Pareja, ocio, vida sexual, amigos... y éxito social cuando se es mujer.

Y todo ¿para esto? Francamente, ¿vale la pena?

Tomad precauciones. Sobre todo, nada de niños. ¡Es tan fácil caer! La única solución: la anticoncepción.

INTRODUCCIÓN

SI LO HUBIERA SABIDO, NO HABRÍA CONCEBIDO

Un día de diciembre, me disponía a celebrar mi cuadragésimo aniversario. Estaba en un bar con una amiga y, con ánimo más bien tristón, comencé a «hacer balance» después de beber unas copitas.

—Me he equivocado de camino, comencé el psicoanálisis diez años demasiado tarde, me aburro en las cenas mundanas con toda esa gente tan bien integrada en la sociedad, no he sabido agarrar por los pelos la ocasión que me ofrecía el destino (la pintan calva, pero yo sé que lleva cresta punki), mis hijos me agobian...

—Pero bueno... —interviene mi amiga—. Puedes cuestionarte lo que quieras, pero no lamentas seriamente haber tenido hijos, ¿verdad?

—Pues mira, sí. Si no hubiera tenido, ahora estaría dando la vuelta al mundo con el dinero que me han dado mis libros. Y en cambio, estoy confinada en casa, preparando cenas, levantándome a las siete de la mañana todos los días de la semana, repasando lecciones de lo más idiota y poniendo lavadoras. Y todo eso, por unos chavales que me toman por su chacha. Algunos días sí que lo lamento, y no me asusta decirlo. En la época en que los tuve era joven, estaba enamorada y sufrí la manipulación de mis genes... Si pudiera retroceder, francamente, no estoy segura de que volviera a hacer lo mismo.

Mi amiga me miró escandalizada. Hay palabras que una madre de familia no puede pronunciar si no quiere parecer un monstruo. El discurso típico es: «Estoy orgullosa de mis hijos. Si hay algo de lo que no me arrepiento es de haberlos tenido...».

EL CULTO AL HIJO

Tener un hijo es lo más bonito del mundo, un sueño al alcance de todos los bolsillos y de todas las barrigas. Es la señal externa del éxito de una pareja, la prueba de la integración social de los padres en un mundo donde el máximo temor es convertirse en un «excluido». El hijo está de moda, y toda *beautiful people* que se precie se exhibe con un bebé apoyado en la cadera o con un crío embutido en un cochecito. En cuanto a las embarazadas, posan desnudas en las revistas. Y es que la preñez ya no se esconde. Nunca hasta ahora se habían ensalzado tanto la maternidad y la paternidad.

La gran aventura del siglo XXI es la procreación. ¿La prueba? John de Mol, el multimillonario inventor de *Operación Triunfo* en particular y de la telerrealidad en general, ideó no hace mucho un «concepto» nuevo, consistente en filmar un embarazo desde el inicio hasta el parto. Todo se verá: náuseas, ecografías, análisis médicos, kilos de más, cambios de humor... Un suspense insoportable e impactante. Más fuerte que *Gran Hermano*, *Supervivientes* y *Supermodelo 2006*, todo junto.

Pequeño *flash-back*. En los primeros tiempos de la humanidad, el hombre apreciaba las cosechas abundantes, los senos voluminosos, los bisontes enormes y las descendencias numerosas. Había que poblar el mundo, cazar e imponerse contra unos vecinos belicosos. De ahí el respeto religioso que inspiraba la fertilidad. Ahora bien, tener hijos

significaba también someterse a una fatalidad. Más tarde surgió el «deseo de hijo», una idea nueva en Europa. A partir de la píldora y la interrupción voluntaria del embarazo, el hijo es un hijo deseado. Ya no es la consecuencia de un acto sexual, sino el producto de una voluntad domada por la ciencia. La imprevisión desaparece, viva la programación: el primer hijo a los treinta años, cuando tenga un trabajo estable; el segundo, cuando me compre una casa; el tercero, para acogerme a una rebaja fiscal.

El «deseo de hijo» da alas a los adultos faltos de perspectivas (que no son pocos). La misión de los padres es consagrarse en cuerpo y alma a la felicidad de estas maravillosas personitas. El niño, absolutamente sacralizado, representa para muchos necios o ingenuos el eslabón perdido entre la humanidad y el infinito. Quieren un hijo, y lo quieren ya. Hoy en día ya casi no se cita el nombre de Malthus, que a finales del siglo XVIII preconizaba el control de los nacimientos. Los malthusianos, cada vez más escasos, son calificados de antipatriotas o cínicos, cuando no de peligrosos anarquistas.

FRANCIA... ¡MÁS NATALISTA, REVIENTAS!

Francia se impuso como el país más fértil de Europa en el 2006, con 830 000 nacimientos, récord que la prensa divulgó con acentos triunfales^[1] ¿Por qué los periodistas consideraron tan interesante esta noticia? ¿Acaso la maternidad cotiza en Bolsa? ¿Por qué un dato como este se toma como una victoria? ¿Quizá porque es lo único que puede alegar Francia para subirse a un podio? Ante tanta exaltación de la natalidad y la familia, ¿habrá que concluir que Philippe de Villiers ha accedido al poder?

En nuestro país, es «normal» querer tener hijos. Sin embargo, no siempre fue así. Durante mucho tiempo los fran-

ceses fueron reacios a reproducirse. Desde el siglo XVIII hasta la década de 1970, se mostraron bastante refractarios a las alegrías de la parentalidad y la natalidad no fue demasiado elevada. Hasta el punto de que algunos empezaron a inquietarse por el futuro de la identidad nacional (que aún no recibía este nombre). Hoy en día, en cambio, los franceses parecen aquejados de una extraña fiebre. Todo el mundo habla de su «deseo de hijo», como si fuera una pulsión vital surgida de las mismísimas entrañas, irresistible, febril, inexplicable y absolutamente legítima. Son muchos los padres y madres convencidos de estar desempeñando una misión de interés nacional, un sacerdocio sagrado y trascendente: el hijo se ha convertido en un más allá vital que uno mismo puede fabricarse.

Todo el mundo anhela tener hijos. Las parejas gays quieren adoptar niños y las uniones lésbicas desean gestar el fruto de su carne y de sus lágrimas, aunque por el momento el Código Civil no les hace caso porque el derecho, amante de lo «natural», considera que la «verdadera» filiación se fundamenta en el cuerpo. Sin embargo, el «derecho al hijo» asoma la nariz por el horizonte, del mismo modo que el «derecho exigible a la vivienda», el derecho a la felicidad, el derecho a la salud o el derecho a la delgadez. ¿Para cuándo el derecho a la infancia, que nos permitirá no abandonar jamás el territorio de lo maravilloso?

En Francia, en cuanto te casas, tus compañeros de oficina no se olvidan de preguntarte: «¿Y qué? ¿Ya estáis en camino?». Las disidentes son tan pocas, que al parecer algunas mujeres se han inventado un hijo para que las dejen en paz en el trabajo. Y es que en nuestro país es donde más fuerte es la imposición de la maternidad, apoyada por una política familiar poderosa (subsidios, guarderías, parvularios, etc.). Entre las mujeres que acaban de salir de la edad fértil, solo una francesa de cada diez no ha tenido hijos; en Italia y en España, las mujeres sin hijos son el 14%, en Gran Bretaña, el 20%, y en Alemania, el 30% (el 45% de las que

tienen titulación universitaria). Cada vez más, Francia es vista como un ejemplo por otros países de Europa; Alemania acaba de instaurar una baja de maternidad o paternidad remunerada de un año de duración. ¡A las cunas, europeos! No queremos ver más que una cara: la de vuestros bebés.

EL SERVICIO DE LACTANCIA OBLIGATORIO

El problema es que, en la historia de la opresión de los pueblos (que se confunde con la Historia sin más), la familia con hijo(s) es un imperativo categórico que a menudo ha ido paralelo al del trabajo. Solo hace falta pensar en el «Trabajo, Familia, Patria» del siniestro mariscal Pétain. «A currar y a reproduciros, que entre tanto no se os ocurrirán maldades; yo ya me encargo de que reine el orden»: es el mandato no escrito de todo dictador. El Estado tiene interés en que procrees; ¿no es sospechoso? ¿No es una buena razón para cuestionarse el «deber cívico» de contribuir a la renovación de las generaciones? Claramente, estamos ante una obsesión demográfica destinada a mantener en vigor una visión del mundo muy concreta.

Y es que el tan trillado argumento de «Europa envejece y la renovación generacional no está asegurada» no se sostiene ni por un segundo. Lo único que tenemos que hacer es permitir que vengan inmigrantes, que por un lado ocuparán los puestos que rechazan los jóvenes (albañil, camarero, enfermero...) y por otro lado ayudarán a financiar las jubilaciones. Los voluntarios no faltan, basta con abrir las puertas. Y que no vengan a explicarnos doctamente que los niños de hoy son el «crecimiento» de mañana. ¿Qué crecimiento? ¿Para llegar a dónde? ¿Es que el crecimiento económico sin más es un objetivo digno de una sociedad que se define como democrática? ¿Es que no tenemos más sueño que comprar televisores, lavadoras y teléfonos móvi-

les, y todo eso para generar empleos cuya absoluta inanidad no hace honor a nadie, ni a quienes los ofrecen ni a quienes los aceptan? Los discursos ultratrillados sobre este tema de los economistas (que suelen ser caballeros de edad madura, pomposos y charlatanes) me hacen reír. La economía, que pretende ser un metadiscurso sobre una realidad difícil de cazar, nunca me ha impresionado. Sobre todo porque durante años yo misma me proclamé economista, de manera que conozco todos los trucos del oficio.

Por suerte, hay objetores de conciencia de la fertilidad. Me refiero a aquellos y aquellas que no quieren tener hijos. Por obvias razones de prudencia, son discretos. Las mujeres tienen derecho a aplazar la edad de la maternidad, pero la posibilidad de renunciar a ella ni se menciona. Desde hace poco, a los hombres también se les dice que han estropeado su vida si no tienen hijos. Aumenta la tolerancia hacia las variopintas formas de la vida privada, pero explicar serenamente que uno no desea tener hijos suscita todavía reprobación. Quienes se atreven a confesarlo son vistos como desviados, hasta tal punto la familia se identifica con un valor universal. En Francia, ser una persona «sin descendencia» es una tara. Quienes se atreven a no reproducirse son perpetuamente juzgados y suscitan conmiseración: «Pobrecita, no habrá podido», «Ha echado su vida a perder»... Todos estos «egoístas», «inmaduros», «pesimistas» o «inestables» se ven sobrecargados de impuestos por un sistema fiscal injusto que favorece a las familias y se convierten en marginados en un mundo donde todo está pensado para el modelo dominante. ¿Que algunos tienen otras ambiciones? Todo el mundo les dirá que pesan bien poco comparadas con las «alegrías» de criar a un hijo o con la «plenitud personal» que asegura la reproducción.

Sin embargo, en el extranjero se prepara una saludable contraofensiva. En los años ochenta, en Estados Unidos, Canadá, Australia o Inglaterra, se crearon diversas asociaciones de «no padres». Convertidas en verdaderos grupos

de presión, estas asociaciones han impuesto el uso de la palabra *childfree* (libre de hijos), frente a *childless* (sin hijos). No tener hijos es una elección y no un hándicap. Quienes optan por ello no sufren ninguna carencia; son muy felices, gracias. Algunas de estas asociaciones se han atrevido incluso a decir en voz alta lo que muchos pensaban en voz baja: que los niños son una molestia intolerable. Preguntado por el tema, el actor Hugh Grant declaró tranquilamente: «No soporto ni el desorden ni la fealdad». En Francia, es difícil imaginarnos a Christian Clavier o Jean Dujardin haciendo este tipo de declaraciones... En Florida existen zonas *childfree*, residencias en las que se prohíbe la entrada a los menores de trece años y que están pensadas para treintañeros que no están dispuestos a soportar los inconvenientes relacionados con los niños. En Estados Unidos, y desde hace poco en Escocia, han surgido urbanizaciones sin niños para el uso de jubilados. La demanda es importante; al parecer, el «concepto» agrada. Por el momento, aún no ha llegado a Francia. Sus promotores tienen demasiado miedo de que los reciban a pedradas.

DESMORALIZAR A LOS PADRES Y MADRES POTENCIALES

Este librito tiene como objetivo desmoralizar (en el sentido de hacer perder la moral) a los padres o madres en potencia, es decir, a quienes se están preguntando si vale la pena tener hijos. Naturalmente, estas personas no pueden confiar sus dudas a nadie, porque una cosa así no se cuestiona: «tener hijos está bien». Sin embargo, las razones para decidir no tenerlos son muchas, y son más razonables que las que se suelen invocar para tomar la decisión contraria. Hay por lo menos cuarenta, que pasamos a detallar a continuación.

¡Basta de discursos sensibleros sobre la felicidad del oficio de progenitor! Ante tanto entusiasmo y buenos sentimientos obligatorios, es urgente y necesario decir «¡puaj!» a *nurseryland*. Sé lo que me digo, porque yo misma tengo hijos... Hay cosas de las que solo puede hablar una madre de familia, siempre que tenga el valor de salir del armario. Si firmara este libro sin haber tenido descendencia, todo el mundo pensaría que soy una solterona amargada y envidiosa. Ahora, puede que me acusen de ser una madre desnaturalizada. Muy bien, lo asumo. Después de traicionar a mi empresa en *Buenos días, pereza*, aquí critico una imagen idealizada de la familia, que solo existe en las revistas. De paso, aprovecho para mofarme de cierta Francia natalista y autocomplaciente, cuyo único horizonte es el trabajo y la reproducción. Esto sí que es señal de una regresión preocupante: ¿qué puede haber más deprimente que un país empeñado en reproducir lo que hay, cuando lo que hay es aburrido y previsible a más no poder?

CUARENTA BUENAS RAZONES PARA NO TENER HIJOS